

Galíndez: un silencio de cuatro años

El Nacional, 1960-04.

Hace ya cuatro largos años que estalló aquel silencio.

Todos los hombres lo escucharon con un espanto de raíces ancestrales.

El hombre se ha ido resignando a guardar el silencio terrible del hijo, el agobiante silencio de la madre, el doloroso silencio del amigo, como una mudez que hay que guardar; porque el hombre mismo es una voz que ya tiene plazo para su propio silencio.

Pero el hombre se ha forjado, dolorosamente, una justicia. El hombre es un ser viejo acostumbrado a morir, pero celoso de no dejarse matar. El hombre ha ido adquiriendo angustiosamente un precioso sentido de la vida y de la libertad, como ha aprendido a caminar erguido. Con el equilibrio físico, se ha despertado en él un portentoso sentido moral capaz de permitirle caminar sobre ese delgado filo de navaja que norma su conducta.

Las conquistas espirituales del hombre pertenecen ya a una tradición que ninguna potencia, por fuerte que sea, puede burlar. Las puede acoger por un tiempo; pero no existe fuerza capaz de desafiar a esta dimensión moral que ha madurado la humanidad.

Ya hace cuatro años que estalló aquel horrible silencio en la ciudad más orgullosa de una civilización cristiana: a Jesús de Galíndez lo callaron el 12 de marzo de 1956 en Nueva York.

Y aún seguimos los hombres que nos decimos cristianos sin hacerle justicia.

Esta traición al espíritu y a las formas de la ley está adquiriendo ya una trascendencia insospechada. Si quines tienen la obligación de usar la balanza cargan con el dedo uno de los platillos, para burlar la ley, quedarán descalificados para juzgar.

Jesús de Galíndez no era un criminal de quien la justicia pueda avergonzarse. Era un honorable exiliado vasco que amaba sobre todas las cosas la libertad. No sólo la suya y la de su pueblo, sino la de todos los hombres. Y por quererla, dedicó su vida a luchar por ella con las armas y a predicarla; dedicó toda su vida a criticar "insensatamente" la injusticia, a denunciar temerariamente a los tiranos. Si existe alguna duda de esta condición de Jesús de Galíndez, que aquellos a quines a tocado hacerle justicia pregunten a los hombres de su pueblo vasco, a todos los que lucharon contra la tiranía franquista; a los hombres de esta América que lo conocieron por sus escritos o lo trataron; que pregunten a norteamericanos que, como Norman Thomas, Robt T. Alexander o Frances R. Grant, formaban con él la comisión de la Asociación Interamericana por la Democracia y la Libertad, próxima a celebrar una importante reunión en Venezuela; o que pregunten a los que fueron sus compañeros, estudiantes y profesores, en la Universidad de Columbia, quienes lo juzgaron ya otorgándole su grado post-mortem en una impresionante ceremonia.

No, no se le quedó a la justicia su dedo en el aire por eso, porque el profesor vasco no fuese merecedor de la justicia, sino porque mediaron intereses "importantes", de esos que son capaces de empujar criminalmente un dedo para trancar la balanza con el seguro.

Y llevamos en esta incertidumbre artificial cuatro largos años.

Puede que a los jueces parezca que Jesús de Galíndez es un "enemigo pequeño", porque al viejo pueblo vasco donde nació le niegan ridículamente la personalidad jurídica o legal, (como si lo importante en el hombre fuese su cédula), y porque no tiene representación diplomática alguna con que llamar a las puertas de las cancillerías. Pero este hombre que murió luchando por la libertad, por defender el derecho de todos los pueblos del mundo a defender sus culturas, a defender sencillamente su vida, se ha convertido en un símbolo en el que la humanidad entera está comprometida.

Franco, el hombre que mata a garrote vil (será porque la vileza está en el que usa el garrote) no reclamará a los Estados Unidos esta falta de justicia; no de caridad, porque de caridad está el hombre harto. La Secretaría de Estado norteamericana puede estar tranquila de que este aliado europeo, al que todavía no se le ha descolorido la svástica nazi, no le vendrá a turbar la paz.

Con los oídos taponados con algodón, con un silenciador mecánico muy eficaz en su conciencia, la justicia de los Estados Unidos ha evitado que se despierten las iras del dictador dominicano; dejándola también en paz.

Los hombres de todos los pueblos empezamos a desconfiar de estos mensajes de la anti-libertad que se disfrazan de paloma o se inclinan de hecho por estas otras paces de cementerio.

El pueblo vasco al que pertenecía Galíndez de nacimiento y de voluntad, ha sido tradicionalmente amigo de la democracia y de la justicia que ha predicado los Estados Unidos, y que han practicado magníficamente en muchos y difíciles encallejonamientos de los derechos humanos. Pero desde que comenzaron a transitar por los marañosos caminos de las conveniencias políticas y tácticas hasta llegar a la aberración moral que constituyen algunos pactos, se están modificando los juicios. Como otros muchos pueblos, empiezan los vascos a juzgarlos por sus aliados. Y el resultado no puede ser más desmoralizador, más perturbador de conciencias.

A los pueblos se les burla en su fe una sola vez.

Contra la justicia y la libertad se pueden ganar batallas; pero nunca la guerra total. La suerte de aquel Eje que tenía una rueda cuadrada en España es un ejemplo que no pueden olvidar quienes pretenden hacer mercado político con los fundamentos del hombre. Su instinto de la justicia, adquirido lentamente, como la facultad de caminar erguido, lo salvará siempre.

La causa de la libertad que defendió Jesús de Galíndez no es problema de estrategia, con bases en España y en Santo Domingo. El triunfo de la arriesgada libertad puede ser más fatigoso y más largo, pero sólo puede descansar en principios morales que se mantengan contra toda tentación de practicismos de usura política.